

CRÓNICA

D. FÉLIX DE LANDABURU.—LOS ASTILLEROS.—BALANDROS.

DAMOS principio a estos apuntes con una nota dolorosa: el fallecimiento del joven diputado vizcaíno D. Félix de Landaburu.

Fué el principal promotor del Congreso de Estudios Vascos de Oñate, para cuya realización ofrendó sin tasa todo su caudal de entusiasmo, inteligencia y actividad.

Planeado el pensamiento y cuando las diferentes comisiones iban dando forma a la patriótica iniciativa, una cruel enfermedad sumióle en el lecho del dolor poniendo su vida en grave peligro.

Pasó por el momento el riesgo tan temido, las horas amargas de incertidumbre y congoja parecían relegadas a lejano apartamiento, un rayo consolador hacía brotar gérmenes de esperanza para el porvenir..... ilusiones vanas, una nueva recaída en su traidora enfermedad agotó en flor aquella naturaleza joven que albergó un alma nobilísima dedicada por entero al culto de su viejo solar euskalduna.

El efecto que la noticia de su muerte ha causado entre los vascos ha sido desgarrador, La misma mejoría que hizo alentar tantas esperanzas, ha contribuido a que sea doblemente dolorosa su pérdida irreparable.

Al iniciarse el Congreso vasco de Oñate, veíamosle lleno de vida, procurando despertar entre sus paisanos aquel entusiasmo propulsor de ideas y planes nobilísimos que anidaba dentro de su pecho. La noticia de su grave dolencia coincidió con un paréntesis en la actividad hasta entonces desplegada para la preparación del magno acontecimiento. Cuando nos enteramos de la franca mejoría, de la aparente curación,

abrimos nuestro pecho a la esperanza. Antes de abrirse las puertas de la vieja Universidad de Oñate al estudio de los problemas que más interesan al pueblo vasco, la muerte del joven diputado nos sume en profundo dolor.

Lamentamos la pérdida que ello supone para la Euskalerría, y después de elevar humilde plegaria por el eterno descanso de aquella alma nobilísima, esperamos en Dios que proveerá a nuestro pueblo de los medios conducentes a un porvenir de bienestar y prosperidad.

Y por el momento, si el personaje legendario ganó batallas después de muerto, no dudamos que Landaburu saldrá triunfante también en su patriótica empresa del Congreso de Oñate.

*
* * *

La tradición marinera de las costas vascas vuelve a adquirir nuevo vigor, sobrepujando quizás las épocas de mayor actividad constructora.

Los astilleros se improvisan, se multiplican en toda la larga extensión de nuestras costas. Desde el río Bidasoa, donde empieza a funcionar una nueva empresa dedicada a veleros de gran porte, no hay puerto donde no se haya establecido algún astillero de mayor o menos importancia.

Esto sin contar las importantes factorías establecidas en la ría de Bilbao, donde se construyen buques modernos de gran tonelaje.

Pero en los demás astilleros la construcción se limita a los buques de vela, que ya empiezan a surcar nuestras aguas.

Parece que volvemos a los tiempos de los rápidos quechemarines y corbetas, habituales huéspedes de nuestro puerto en épocas pasadas, cuando se mantenía activo comercio con la isla de Cuba y otras regiones americanas.

Aun se conservan en antiguos escritorios de nuestra Ciudad noticias detalladas de los viajes verificados por los viejos veleros. Recordamos un viaje velero desde la Habana a San Sebastián hecho en tan brevísimo plazo, que los rápidos vapores modernos no han conseguido igualarlo.

Claro está que esas marchas vertiginosas eran excepcionales, y la mayor parte de las veces se prolongaba el viaje en proporciones alarmantes.

Los veleros del día no efectúan tan largas expediciones, dedicándose al cabotaje, tan necesitado de embarcaciones a consecuencia de la inacabable contienda mundial.

Es un espectáculo grandioso contemplar hoy estos barcos empavesados con todas sus velas y verles entrar en la bahía con una majestad y una gallardía que nos habían hecho olvidar los nuevos vapores de antiestética presencia.

*
* * .

Al lado de los nuevos veleros de cabotaje aparecen como miniaturas los balandros dedicados al regateo. Cuando se les ve cruzar junto a aquéllos parece como si fueran sus crías.

Todo el verano les hemos visto cruzar en rápida carrera entre las banderas de señales con que se indican las metas y direcciones.

Es un espectáculo que tiene siempre sus admiradores. Un número que no desperdician nuestros huéspedes habituales. Sería algo desconcertante una mañana sin regatas de balandros.

Aparte del placer que pueda proporcionar en los espectadores, contribuye este deporte a vigorizar la juventud y despertar en ella sanos y plausibles instintos.

Tenemos ahora balandristas de ambos sexos, pues ya las jóvenes de nuestra buena sociedad empiezan a tomar parte en regateos dispuestos expresamente para su concurso.

Huelga decir que la participación de esas bellezas femeninas presta nuevos encantos al deporte náutico, y aun podemos agregar que están más en carácter en los veloces balandros que en las lanchas de columpio de la feria, donde a la reconfortante brisa marinera sustituye el apestante humo de churrerías y buñolerías.

Y sobre todo que en muchachas nacidas a orillas del Cantábrico la afición a cosas del mar parece que debiera ser innata.

*
* *

Pero no todos son deportes marítimos. También los tenemos terrestres. Por algo Donostia tiene algo de navo-terrestre.

Las carreras de caballos se han aclimatado ya en nuestra Ciudad y el hipódromo de Lasarte bulle en distinguida, elegante y aristocrática concurrencia.

Toda la complicada trama de carreras y apuestas está hoy al alcance de todo el mundo, y de seguir así nos tememos una irremediable competencia entre los taurófilos y los incondicionales del hipódromo.

Salvo que se confundan ambos grupos al grito tantas veces repetido de: ¡caballos, caballos!

TEA.